

En uno de esos viajes, se le había presentado ocasión de realizar la obra meritoria de que fuimos testigos. Los odios ciegos de las guerras civiles nos hicieron a Hamilton, a Nelson y a mí, durante un cierto tiempo, enemigos encarnizados del cardenal Ruffo; pero, hoy día que los odios han cedido y que escribo puesta la mano en el corazón, debo declarar que el cardenal, capaz de actos de la naturaleza del que he mencionado, abogó frecuentemente por la causa de la humanidad, a despecho de la ciega venganza, en la que desgraciadamente tomé parte demasiado activa.

Por lo demás, cuando llegue el momento de narrar los terribles acontecimientos a que aludo, le haré toda la justicia merecida.

Le dimos el agua que pedía para el calenturiento, que no cesaba de pedir de beber. En el coche-furgón que nos acompañaba, teníamos toda una cantina.

El gran tesorero se separó de nosotros, diciéndonos que probablemente nos veríamos en Nápoles.

En efecto, el cardenal era napolitano, descendiente de una gran familia de San Lucido en Calabria, su nobleza era proverbial. Cuando se quiere citar una nobleza rancia e indiscutible, suele decirse, en Italia: «Los Evangelistas, en Venecia; los Borbones, en Francia; los Colonnas, en Roma; los Sanseverini, en Nápoles; los Ruffo, en Calabria».

Nos separamos, continuando cada cual su respectivo camino: él, el de Roma, nosotros, el de Terracina.

Nada más pintoresco que ese camino de albañales Pontinos, en cuyas márgenes los braceros de Su Santidad abrían un canal. Sólo veíamos semblantes pálidos y enfermizos, por estar todos aquellos infelices más o menos atacados de la fiebre *malaria*. Cada quince días había necesidad de reemplazarlos por otros obreros de repuesto, en tanto que iban a recobrar en las alturas la salud perdida en los pantanos.

Con la noche, el paisaje adquirió tonos fantásticos; pero, lo que me im-

presionó sobre todo y que nunca olvidaré, es el carácter de cuanto nos rodeaba en las paradas que hacíamos para el relevo de los caballos.

En los pantanos aquellos hay solamente dos o tres postas señaladas por algunas chozas de madera donde habitan los postillones con sus familias.

Los caballos, pequeños, delgados, peludos, pacen libremente.

Al oír el chasquido del látigo de nuestros conductores, vimos salir cinco o seis hombres armados de largas pértigas; montaron en pelo sobre el primer caballo que tuvieron a mano, y, formando un cerco alrededor de los que pacían en libertad, y, a galope y profiriendo grandes voces, los empujaban hacia las cabañas. Los demás hombres apostados allí, los asían por la crin, y después de una lucha porfiada, acababan por colocarles un arnés hecho jirones, y los enganchaban a nuestro coche, entre relinchos y sacudidas con que parecía que protestaban de la violencia que se ejercía en ellos.

Cuando todo estaba a punto, partían en un galope frenético, entre dos jinetes que, junto con los postillones conservaban con sus gritos y sus golpes, la rapidez de la carrera. Nuestros vehículos parecían un torbellino devorador del espacio.

Sobre las tres de la mañana llegamos a Terracina. Desconfiando de la limpieza de las sábanas, rechazamos las camas, y nos acomodamos en sillas descansando en ellas un par de horas.

A las seis reanudamos la marcha, hasta Mole-de-Gaeta, donde nos detuvimos. Mientras los sirvientes de monseñor de Bristol sacaban el desayuno de un furgón y lo ponían en la mesa, nos hicimos conducir a las ruinas de la villa de Cicerón. Con Plutarco en la mano, sir Guillermo nos representó la muerte del gran orador, desde el instante en que, poniendo pie en tierra entre los cuervos que le seguían—¡presagio de muerte cercana!—hasta aquel en que, huyendo de la villa, oyó tras sí el paso de los asesinos que le perseguían, hizo parar la litera, y, después de haber pasado toda su existencia en mortales zozobras, murió con la serenidad de un mártir y con la tranquilidad de un héroe.

¡Cosa singular! El miedo que impulsaba a los romanos a cometer tantas bajezas, los abandonaba de repente cuando al fin se encontraban cara a cara con la muerte tan temida, que arrostraban con pasmoso arrojo. La historia de los tiempos antiguos es fecunda en esas anomalías, que ofrecen Petronio, Lucano y Séneca, esos tres aduladores de Nerón.

A la hora, volvimos a Mole-de-Gaeta; donde almorzamos. Luego continuamos el camino con dirección a Nápoles, a cuya ciudad llegamos a eso de las nueve de la noche.

Una sensación indeleble me invadió a mi llegada a Nápoles, cuando me vi, en una noche de espléndida luna, delante del hirviente Vesubio, por encima de cuyo cráter parecía balancearse, envuelto en una atmósfera vaporosa, el satélite de la tierra en todo su esplendor.

Tomamos por la puerta Capuana, por el castillo Viejo, la Marina y el Piliario; dejamos a la izquierda el castillo Nuevo; la plaza Medina a la derecha; pasamos por delante del pórtico de San Carlos, que aparecía iluminado profusamente con motivo de una representación extraordinaria, y por fin nos detuvimos en el palacio Calabrita-Capella-Vecchia, residencia del embajador de Inglaterra.

Aquella noche, milord Bristol durmió en la embajada. Pero, como afortunadamente había un departamento desocupado encima del de sir Guillermo, que habitaba los dos primeros pisos, monseñor de Derry la alquiló y se instaló en ella al día siguiente.

Por fin, me encontraba en Nápoles, ocupando una posición que nunca había vislumbrado, ni siquiera en mis ensueños más insensatos de ambición. Emma Lyon, miss Hearte habían desaparecido; todo su inmundo pasado quedaba en los cienos de Londres; allí sólo existía lady Hamilton, embajadora de Inglaterra.

En mi propio interés estaba no olvidar

XXXV

Antes de empezar el relato de los acontecimientos políticos en que me vi envuelta, voy a dar una idea más completa de lo que era ese singular personaje ya presentado al lector y llamado lord Hervey, conde de Bristol, obispo de Derry.

Era el más joven de sus numerosos hermanos, y, habiendo sobrevivido a todos, heredó los bienes, títulos y dignidades de toda la familia.

Lord Bristol no tenía residencia fija. Cuando nos encontramos con él, hacía sobre veinte años que faltaba de su diócesis. Ni su manera de vestir ni su conversación le descubrían como hombre perteneciente a la Iglesia. Habitualmente llevaba un sombrero blanco y ropas exteriores de tonos claros unas veces, muy vivos otras; negras, muy pocas. Sus costumbres eran muy libres. Lo primero que hizo, al llegar a Nápoles, fué tomar un abono en San Carlos. No abrigaba ninguna creencia religiosa, ni siquiera en los dogmas fundamentales de la Iglesia, que era el primero en poner en ridículo; hablaba de la inmortalidad del alma con una indiferencia rayana con la duda, y sólo le agradaban las conversaciones mundanas, y escuchar o contar anécdotas de color subido y hasta escandalosas.

En su primer viaje a Francia, visitó el valle del Ródano y el convento de los discípulos de San Bruno.

Llegó en hora de estar comiendo la comunidad. Llamó a la puerta, y el portero le advirtió que estaba prohibida la entrada cuando los religiosos se encontraban en el refectorio; pero el visitante, sacando de su bolsillo una carta en la que aparecían grabadas sus

armas, y debajo de éstas, las palabras *Lord Bristol, obispo de Derry*, hizo pasarla al abad, el cual, no viendo más que las voces *obispo de Derry* y creyéndole un obispo católico, le recibió de rodillas a la cabeza de toda la comunidad, arrodillada también, y le pidió su bendición, que lord Hervey dió sin ninguna dificultad, al abad y a sus cartujos.

Era uno de los recuerdos que tenían el privilegio de excitar en el grado más alto la hilaridad de monseñor de Derry, el pensar que monjes católicos habían recibido, muy compungidos, la bendición de un obispo protestante.

Después de una representación del *Matrimonio segreto*, fué tal su entusiasmo, que a los dos días envió al espectáculo a sus seis criados ingleses, recomendándoles que escuchasen la música de Cimarosa con la mayor atención.

Cuando regresaron del teatro, los llamó a su cuarto y les preguntó si habían cumplido sus instrucciones.

Habiéndole contestado afirmativamente, les dió orden de que en lo sucesivo no hablasen más que en recitados del *Matrimonio segreto*, tanto para recibir sus órdenes y decirle que estaba servido, como para anunciar el nombre de las visitas.

Los sirvientes se miraron tomándose por loco; pero, en vista de lo terminante del mandato, solicitaron permiso para cambiar impresiones entre sí, y responderle al otro día.

Llegado éste, dos criados, en representación de todos, se presentaron al milord-conde y le dijeron que les parecía incompatible con la dignidad de servidores ingleses hablar modulando la voz, como histriones de teatro.

Lord Bristol les dijo que si accedían a sus deseos, les doblaría el salario, y les concedió un plazo de veinticuatro horas para resolverse.

A las veinticuatro horas, los mismos comisionados del día antes manifestaron que cualesquiera que fuesen las ventajas ofrecidas por monseñor, sentían tener que insistir en su negativa. Milord Hervey les pagó seis meses de sueldo y los envió a Inglaterra, y des-

pués tomó a su servicio a seis napolitanos y les hizo las siguientes proposiciones:

No dirigirían la palabra a monseñor de Bristol sino empleando aires de recitativo del *Matrimonio segreto*, a cuya música adaptarían las palabras convenientes.

Por este servicio especial, superior a la inteligencia de los sirvientes en general, les asignaba cuarenta y cinco ducados al mes, esto es, casi cuatro veces más de lo que percibían, en Nápoles, los criados mejor retribuidos.

Era condición *sine qua non* que durante los primeros seis meses no se les entregaría ninguna cantidad, pero al final del sexto mes, cobrarían todos los emolumentos devengados en el semestre.

Si alguno de los sirvientes dejaba el servicio de monseñor antes de cumplirse el primer semestre, no tendría derecho a ninguna indemnización.

Los criados napolitanos aceptaron, llamaron a un *paglietto* que redactase el contrato, y al cabo de seis meses, monseñor de Bristol contaba a su servicio con un conjunto cromático muy satisfactorio.

Un día que comía en casa de sir Guillermo, uno de sus domésticos le trajo una carta de luto. Lord Hervey abrió la carta, la leyó y guardóla; y continuó hablando y bromeando como de costumbre.

A las once se retiró. Solía hacerlo una hora más tarde.

Al otro día, sir Guillermo, temiendo que estuviere indispuerto, mandó preguntar a lord Bristol si estaba visible.

Monseñor respondió que no podía recibir a nadie, a causa de una desgracia reciente.

Alarmado sir Guillermo, quebrantó la consigna, y encontró al pobre viejo anegado en lágrimas y sollozos.

—¿Qué le pasa a usted?—le preguntó sir Guillermo.

—¿Observó usted que ayer, durante la comida, me entregaron una carta de luto?—respondió el conde de Bristol.

—Sí.

—Pues bien, en ella se me anunciaba que mi hijo acaba de fallecer en Lior-

na. Disimulé mi emoción, porque no quise que la comida se resintiera de mi tristeza; pero, una vez me separé de ustedes, di rienda suelta a mi dolor. Por eso, para llorar a mis anchas, no quería recibir hoy a persona alguna, sin excluirle a usted.

La sociedad oficial de sir Guillermo era, naturalmente, el cuerpo diplomático; la íntima componíanla sabios y literatos distinguidos.

El más antiguo ministro extranjero en Nápoles era el conde de Sa, embajador de Portugal. En el curso de treinta años, esto es, desde que había sido nombrado para tal cargo, fué a Lisboa una sola vez, y regresó lo más pronto que pudo. En cierta ocasión su espanto no tuvo límites: tratábase de suprimir la embajada de Portugal en Nápoles como un gasto inútil, y de encarar los asuntos de ambas cortes al ministro de Portugal en Roma. Pero, habiendo muerto el rey José I, la reina María, su hija, decidió dejar las cosas como estaban, y el conde de Sa pudo al fin verse libre de aquella amenaza.

Pocos diplomáticos disfrutaban de una prebenda tan saneada como era la de ese ministro, cuya misión se reducía a transmitir a su corte las noticias corrientes, que hacía redactar por su secretario. Su única ocupación era pasear. Se hablaba mucho del harem del conde de Sa, compuesto de bailarinas del teatro San Carlos. En cuanto a él, no hablaba de nada, por haber olvidado el portugués y no haber podido jamás aprender correctamente el francés ni el italiano. Era alto, tenía anchas espaldas y facha de búfalo, tratada en su fisonomía de simplón.

Nada diré de sus talentos o de sus méritos: en los siete u ocho años que le vi tres veces por semana, no logré descubrirle uno solo.

El ministro más importante era el conde de Lemberg. Era un hombre tan notable bajo todos aspectos como insignificante el conde de Sa. Generalmente se le tildaba de orgulloso; pero sea que ese reproche fuese injusto, sea que M. de Lemberg juzgase que ante el ministro de la Gran Bretaña sería el ridículo semejante defecto, nunca tu-

vimos ocasión de notarlo. Lo que le había dado esta reputación entre los napolitanos era su malquerencia hacia los cortesanos de que estaba plagada la corte de Nápoles.

Desde el primer día que le vi, observé una cosa: daba su opinión acerca de los más altos personajes de la corte con los miramientos que le habría merecido el último de los *lazzaronis*.

La conversación recayó sobre el caballero Acton, y el ministro de Toscana se aventuró a hacer el elogio de este favorito.

Pero el conde de Lemberg, dibujando en sus labios una expresión de supremo desdén, dijo:

—Ese hombre habría sido un buen corsario, y nada más. Posee las aptitudes y tiene las trazas de un pirata, a lo cual debe probablemente su encumbramiento.

Se asegura que en una discusión que tuvo con la reina, le dijo, a propósito de ese mismo Acton:

—Yo no prejuzgo en pro ni en contra de las cualidades ocultas de ese ministro; las ignoro y no deseo conocerlas; pero lo que sé, es que las que revela en el ministerio no corresponden al cargo con que ha sido honrado.

Su nombre iba asociado a todas las intrigas cortesanas.

Ocurrían frecuentes querellas entre el rey y la reina, algunas de las cuales, que presencié, contaré en lugar oportuno. El embajador veíase obligado a intervenir en esas desavenencias conyugales, a censurarlas, a ejercer de juez de paz, una vez al mes cuando menos.

El pobre Lemberg no podía vivir en paz, ya que estaba continuamente expuesto a ser llamado para restablecerla entre los augustos cónyuges. Algunos días después de nuestra llegada, daba una gran comida; uno de los convidados nos contó que a mitad de ésta, llegó un aviso de la reina. Fué preciso que el conde de Lemberg partiese al instante, dejando a los comensales que acabaran de comer sin él.

A propósito de la marquesa de San Marco, dama de confianza de la reina, se había suscitado una disputa en Cardicula semejante defecto, nunca tu-

—¡ Malditas mujeres! — exclamó el conde tirando la servilleta; —van a volverse loco.

Terminaré esta revista de hombres de Estado dedicando algunas palabras a un átomo diplomático llamado Bonnacchi, cónsul imperial y agente de Toscana.

Muy pequeño, muy viejo, hablador sempiterno, husmeador infatigable, siempre al acecho de noticias, el *signor* Bonnacchi era corresponsal del emperador Leopoldo, a quien hacía semanalmente el relato de las anécdotas escandalosas ocurridas en la corte y en la ciudad. Si, por casualidad, las anécdotas faltaban, las inventaba. Al principio tenía un sueldo fijo; pero, como éste no le satisfacía, las noticias escasearon, en términos que el emperador juzgó conveniente pagarle a destajo, en vez de hacerlo anualmente.

Hacia un año que el *signor* Bonnacchi cobraba dos luises por cada anécdota juzgada por el emperador como digna de interés.

De esta suerte, venía a percibir unos veinte luises al mes.

Debido a ese estímulo desplegaba singulares disposiciones para introducirse en las casas y conseguir que le invitasen a todas las fiestas. Se sabía muy bien a lo que iba; pero, como se presentaba a nombre del emperador y hasta, según vocas, en el de la reina Carolina, que confiaba su espionaje privado al espía público de su hermano, nadie se atrevía a cerrarle la puerta ni a recibirle de mala manera. Luego, ya en su casa, recopilaba todo lo que había oído, sacaba consecuencias, establecía resultados, añadía, reducía, alteraba, y enviaba semanalmente a su soberano una crónica nutrida a expensas de los más conspicuos personajes.

Pasemos a los médicos, a los sabios y a los literatos que formaban la sociedad particular de sir Guillermo, y habremos terminado con la camarilla que va a seguirme en la nueva vida a que me arrastraron los sucesos que acabo de narrar, y los aún más estupendos y sobre todo más dramáticos que me quedan por contar a los lectores.

XXXVI

Poco tiempo antes de su último viaje a Londres, había perdido sir Guillermo a dos de sus más asiduos comensales.

El uno murió a la edad de treinta y ocho años; era el ilustre Cayetano Flangieri, a cuya mujer siento haber inferido no pocos agravios.

El otro, anciano de ochenta años, era el famoso abad Galiani, que pasaba por el hombre más espiritual de Nápoles.

A la circunstancia de haber vivido mucho tiempo en Francia, acaso debía semejante reputación.

Habiendo muerto esos dos sujetos sin haberlos conocido, no puedo hablar más extensamente de ellos. En el número de nuestros amigos más constantes, se contaban el médico Cotugno y su colega el caballero Gatti, dos personajes de los más singulares en Nápoles.

Además de ser una eminencia médica, el doctor Cotugno era, al decir de sir Guillermo, uno de los hombres más versados en los clásicos griegos latinos e italianos. Nunca he comprendido cómo podía dedicarse a las lecturas donde adquiría su inmensa erudición, sin dejar de atender a su numerosa clientela sin abandonar sus servicios en los hospitales. De los que iban a su casa jamás quería cobrar nada; pero se hacía pagar tres ducados por visita (precio invariable), lo cual le rendía tres mil libras esterlinas al año.

Poco antes de nuestra llegada a Nápoles, había asistido al vizconde de Eriza, embajador de España, que estaba atacado de parálisis e imposibilidad de todo movimiento del brazo derecho.

Un mes y medio y cincuenta visitas bastaron a Cotugno para curar completamente al diplomático.

El embajador de España le envió mil ducados. Cotugno le contestó:

«Su Excelencia se ha equivocado al enviarme mil ducados por cincuenta visitas. El precio fijo de mis visitas es el de tres ducados, y no lo modificaría aunque se tratara del mismo rey.

»Cincuenta visitas a tres ducados, son ciento cincuenta piastras.

»Tengo el honor de devolver a Su Excelencia la diferencia.

»COTUGNO.»

En cambio, el doctor Gatti era tan avaro como desinteresado Cotugno.

Era uno de los más vehementes propagandistas de la inoculación, arte que ejerció en París y que le proporcionó grandes sumas de dinero.

Dos cosas habían hecho de sir Guillermo el amigo predilecto del doctor Gatti: nuestra mesa, que encontraba suculenta, y nuestro coche, del que disponía libremente. Al revés de Cotugno, que se preocupaba mucho de las clases menesterosas, el doctor Gatti declaraba en alta voz que él no descendía a tratar con la gente de segundo orden. En oposición también al proceder de Cotugno, nunca abría ningún libro científico, y sólo leía gacetillas y libelos. En vez de conservar, como su ilustre colega, su independencia ante los grandes, el doctor Gatti era el cortesano más asiduo del valimiento. Sostenía que los dos pueblos más felices del mundo eran el napolitano y el español, porque el rey Fernando y Carlos III no tenían tiempo de ocuparse en sus pueblos, a causa de sus aficiones cinegéticas, y que todo pueblo a quien su soberano no dedique sus cuidados, está en el camino de la felicidad.

Respecto a esta última teoría, creo yo que sir Guillermo participaba un tanto del parecer del doctor Gatti; toda su privanza cerca de Fernando tenía por razón su afición por la caza y su destreza en este ejercicio.

Al día siguiente de su llegada, el rey le escribió de su puño y letra:

«Venga usted pronto, mi querido Hamilton, a una partida de caza conmigo en Caserta. Desde su salida, no he tenido un día de satisfacción. Usted se me llevó la suerte, que espero recobrar con su regreso.

»Su afectísimo

»FERNANDO B.»

El tercer familiar del hotel, fuera del cuerpo diplomático, era el marqués del Vasto, descendiente en línea recta de aquel a quien Francisco I entregó su espada, no queriendo entregarla al condestable de Borbón. El marqués del Vasto pertenecía a la casa de Avalos, una de las más considerables de Italia; poseía cien mil ducados de renta. Tales fortunas, bastante comunes en Inglaterra, son muy raras en Italia.

La espada de Francisco I se conserva en la tesorería de la casa de Avalos.

Sir Guillermo recibía también con frecuencia al duque de Termoli, que descendía de una familia genovesa establecida en Nápoles desde mucho tiempo atrás.

El duque de Termoli era escudero del rey e hijo del duque de San Nicandro; pero este último título nunca era invocado por él. En efecto, el duque de San Nicandro, nombrado preceptor del rey, a fuerza de amaños, según unos, de dinero, según otros, había educado al rey de un modo tan deficiente, que en sus accesos de cólera contra sí mismo, viéndose tan ignorante, decía al duque de Termoli:

—Tu padre es causa de mi desgracia y de la de mis súbditos; pero soy demasiado justo para reprocharte el que tu padre haya hecho un asno de mí.

Es verdad que más de una vez he oído a Fernando lamentarse de la educación que había recibido, y achacar su ignorancia al duque de San Nicandro, el cual, desde el punto de vista de la instrucción, no le colocó a un nivel mucho más alto que el de los lazaretos ni del muelle.

Por otra parte, la reina, avergonzada de la ignorancia de su marido, de la que, empero, se aprovechaba para alejarle de los asuntos públicos y concentrarlos todos en sí misma, decíame frecuentemente que no era el duque de San Nicandro el responsable de ello, sino el ministro Tannucci, que hizo de manera que la educación del joven príncipe fuese tan incompleta, a fin de que, más adelante, siendo el rey incapaz de dedicar sus cuidados a la administración del Estado, tuviese necesidad de declinarlos en su ministro.

Había mucho de verdad en todo eso; pero no convenía creer absolutamente a la reina cuando hablaba del viejo ministro toscano, al que no podía sufrir, considerando que, enfeudado a Carlos III, a quien debía su fortuna, Tannucci representaba la influencia española, al paso que ella, hija y hermana de emperador, representaba la influencia austriaca.

En aquella época se hicieron los más estupendos comentarios con motivo del odio de Carolina hacia todo lo que era español o francés, odio en el que estaban comprendidos su marido y sus hijos varones, y de su simpatía por todo lo austriaco. Se llegó hasta a decir que ella había fraguado un complot para anexionar el reino de las Dos Sicilias a Austria; pero debo confesar, hoy que la amistad real no ofusca, que, sobre este particular, la reina daba pábulo a la calumnia.

Nunca he podido explicarme efectivamente, de dónde procedía la antipatía de la reina de Nápoles hacia sus hijos varones, cuando, al contrario, profesaba viva ternura por sus hijas. Esa antipatía, so pretexto de una disciplina necesaria, tanto para regularizar la educación de los jóvenes príncipes, como para corregir su carácter, se manifestaba mediante correctivos verdaderamente crueles; con lo cual su madre les infundía un temor que no era nada exagerado. Jamás, en su presencia, he visto reír a esos infelices príncipes, que temblaban al menor ruido y se refugiaban instintivamente en su padre apenas oían la voz de la reina.

El mayor de los reales niños murió a los siete u ocho años, en el de 1778, a consecuencia de un agotamiento progresivo que los enemigos de María Carolina atribuyeron a los malos tratos de que había sido víctima. Cuando cayó realmente enfermo, la reina se dio a discutir con los médicos las causas y la naturaleza de la enfermedad, en tanto que su marido, reconociendo su ignorancia, se contentaba con llorar; cuando, al fin, el joven príncipe falleció, las lágrimas del rey fueron más copiosas; pero asegúrase que María Carolina se conformó repitiendo las palabras de la madre espartana: «Cuando le puse en el mundo, sabía yo que un día u otro moriría».

Durante mi estancia en la corte de Nápoles, presencié la muerte del infante don Alberto, que murió en mis brazos y era el joven príncipe predilecto mío. Oportunamente hablaré de su muerte, y ahora sólo quiero decir que este prematuro fin parecióme que redobló el odio de la reina contra los franceses y republicanos, en vez de moverla a buscar en el fondo de su corazón esas fibras amorosas que hacen verter a las madres lágrimas de sangre sobre la tumba de sus hijos.

El único que, al parecer, quería la reina, era el príncipe de Salerno, nacido, según creo, en 1790, y que su madre retenía entre sus brazos mientras espiraba en los míos el príncipe Alberto. A aquél, habría la reina sacrificado a todos los demás, y hasta se dice, por más que me resisto a dar crédito a semejante atrocidad, que hacía el año 1812, cuando el príncipe parecía adoptar, en Palermo, el partido inglés y las ideas inglesas, intentó envenenarle, peligro del que le salvó su ayuda de cámara, Carlomagno Viglia, según el público rumor. De ahí el valimiento inexplicable de ese hombre, más poderoso cerca de su amo que ningún miembro de su familia, que todos los favoritos y ministros.

El rumor público, pues, se empeñaba en afirmar que la reina Carolina prefería su hermano José II a sus hijos y puso los intereses de la monarquía

austriaca por encima de los intereses de la realeza de las Dos Sicilias.

Por lo demás, contaré lo que he presenciado, con la misma sinceridad que he contado lo que me ha sucedido a mí misma. El lector sacará de los hechos las consecuencias que mejor le convengan.

XXXVII

La casa de sir Guillermo Hamilton, a nuestra llegada a Nápoles, no estaba preparada para recibir a una mujer; era un museo de sabio y de anticuario consagrado por completo a la geología, a la numismática y a la estatuaria. El pasado tuvo necesidad de ceder un puesto al presente.

Debo hacer justicia a sir Guillermo, declarando que no me escatimó ninguno de sus tesoros, y que escogí, en el inmenso primer piso del hotel ocupado por la embajada inglesa, tres cámaras destinadas a formar mi departamento particular, sin haberse permitido a las lavas del Vesubio, a las medallas de los Césares, a los fragmentos de los Apolos y de las Venus la menor protesta contra mí.

Por otra parte, es tal mi coquetería instintiva, que quise halagar a todas esas antigüedades, nuestros viejos sabios inclusivos. Al cabo de un mes, había podido catalogar las ochenta y tantas especies de lavas del Vesubio; distinguir a simple vista un César contemporáneo del mismo César, de uno de los Césares en tiempos de Adriano; reconstruir, en fin, una estatua por un simple fragmento.

Sir Guillermo estaba embelesado viéndome adoptar sus gustos tan fácilmente y amoldarme a su vida de arqueólogo y de anticuario.

Acostumbrada a hacer los honores de la casa, en el período de mi perma-

nencia en la de lord Greenville, uno de los hombres más pulcros de Inglaterra, no tuve nada que aprender para colocar el salón de sir Guillermo a la altura de los salones más elegantes de Nápoles, que bajo este punto de vista, eran muy inferiores a Londres.

En aquellos días consideré oportuno, para acrecentar el entusiasmo de mis admiradores, dar a conocer mis aptitudes para la mímica. Como la mayoría de nuestros contertulios eran italianos, no juzgué a propósito darles representaciones de escenas de Shakespeare; sus estómagos delicados no habrían soportado este vigoroso alimento; me contenté con actitudes plásticas, y, en una misma sesión, alterné el manto judío con el capelo griego, el turbante otomano con la diadema asiática, hice pasar ante sus ojos a Judith, Aspasia, Roxelana, Elena, y arriesgué los primeros pasos del *baile del chal*, que más tarde obtuvo tan ruidoso éxito, no solamente en Nápoles, sino hasta en París, Londres, Viena y San Petersburgo.

En la capital del reino de las Dos Sicilias, sólo se hablaba al poco tiempo de la maravilla traída de Londres por sir Guillermo Hamilton; todos los hombres distinguidos de Nápoles, y hasta algunas mujeres, solicitaron el honor de ser recibidos en la embajada de Inglaterra; pero, con mucha humillación de mi parte y no poco asombro de la de sir Guillermo, no veíamos llegar ninguna invitación colectiva de la corte.

Sir Guillermo acompañaba siempre al rey en sus ejercicios de caza y de pesca, y pocas veces le hablaba de mí sin hacerle mi elogio. El rey le felicitaba por tener una mujer tan hermosa, tan distinguida e instruida; pero la cortesía real se detenía aquí.

Yo sabía que varias veces habían hablado de mí a la reina María Carolina; pero ésta la desviaba siempre con marcada afectación.

Me aconsejaron que procurase encontrarme con la reina, como por casualidad. La cosa era fácil: la reina se paseaba a menudo, con sus hijas, por los jardines de Caserta, cuya entrada, sin ser pública, estaba abierta a las perso-

nas distinguidas, y aun a veces a las del pueblo que iban a pedir algún favor. Supliqué a lord Hamilton que la primera vez que tuviese necesidad de ir a Caserta, me llevase consigo, pues tenía vivísimos deseos de ver los jardines, cuya esplendidez tanto me habían ponderado.

Sir Guillermo sospechó probablemente la verdadera causa de mi petición, y como, acaso más que a mí, le molestaba aquella especie de menosprecio de que era objeto yo, no tomaba a mal que un hecho agradable o desagradable diese lugar a una explicación.

Así que, cierto día que tenía que comunicar al rey despachos del gabinete de San Jaime, fuimos a Caserta. Sir Guillermo disponía allí de un departamento en el que era atendido por la servidumbre de Su Majestad. Antes de su viaje a Inglaterra, había usado frecuentemente de esta concesión; pero, después que yo llegué a Nápoles, aunque menudeaba sus idas a Caserta, nunca había pasado la noche en aquel lugar.

Después que hubo comunicado sus despachos, sir Guillermo recibió invitación del rey para quedarse en el castillo con objeto de acompañarle al otro día en una gran partida de caza. Sir Guillermo objetó mi presencia en Caserta, pero el rey le respondió:

— ¡Pues, qué! ¿No tiene usted aquí sus habitaciones? Si lady Hamilton precisa algo, mis criados la servirán como si fuesen suyos.

Y todo quedó convenido.

Sir Guillermo aceptó en su nombre y en el mío, y preguntó al rey si había inconveniente en que yo me pasease por el jardín.

El rey se encogió de hombros, dando a entender que la petición era inútil.

Sir Guillermo vino a reunirse conmigo, y me contó todo lo que había pasado.

A la comida, al servirnos ciertos vinos, el sirviente decía:

— De la bodega del rey.

Nos fué servido un faisán, y el criado dijo con énfasis:

— De la cacería real.

Era evidente que sir Guillermo recibía aquellas atenciones por encargo particular de Su Majestad; pero, a lo menos de un modo ostensible, ellas no se extendían a mí.

Por la noche, sir Guillermo fué invitado a la tertulia del rey; pero, como yo no iba incluida en la invitación, recurrió a un pretexto vulgar para eludir su presencia.

Al otro día, al rayar el día, llamaron a la puerta de sir Guillermo de parte del rey. Su Majestad salía muy temprano, y, lo mismo que a su abuelo Luis XIV, no le gustaba esperar.

Sir Guillermo sentíase profundamente afectado viendo que su matrimonio era considerado como hecho no realizado. Me dijo que si se malograba mi plan de encontrarme con la reina, y que si yo me consideraba con motivo de queja, nada le retendría en Nápoles, ni las costumbres de veinte años, ni su afición a las antigüedades, ni el clima, tan propicio a su salud. Pediría al rey Jorge su regreso a Londres, o que se le destinase a otra corte, la cual yo indicaría de antemano.

Me arreglé con mucha sencillez, sin poner ningún cuidado en hacer resaltar ninguno de mis méritos. Ostentar una belleza peregrina ante una reina celosa de la suya, constituye un grave inconveniente. Mi orgullo me había ya advertido varias veces que la reina, cuya juventud florida había desaparecido, tenía probablemente mi proximidad.

Las ventanas del departamento de lord Hamilton daban a los jardines, y desde ellas se podía ver la entrada de la reina. Sabía yo que después del almuerzo, de diez a once, la reina daba un paseo por los jardines en compañía de las jóvenes princesas.

A las diez y cuarto, la vi, en efecto, acompañada de tres de sus hijas, de la princesa María Teresa, que tenía diez y siete años, y al siguiente sería archiduquesa, y emperatriz de Austria dos más tarde; de la princesa María Luisa, de diez y seis, la cual, algo más adelante, iba a ser gran duquesa de Toscana, y de la princesa María Amelia, que sólo tenía seis años.

Además de estas tres princesas, estaba la princesa María Cristina, de nueve años, que fué reina de Cerdeña, la princesa María Antonieta, de cuatro años y medio, que fué princesa de Asturias; la princesa María Clotilde, de dos años, que debía morir en 1792, y María Enriqueta, todavía en mantillas, y que no debía sobrevivir a su hermana más que algunos meses.

Había llegado el momento de poner en ejecución mi proyecto. Viendo a la reina y a las princesas en el jardín, cogí un libro y bajé. Fingía leer, lo cual me permitía ver sin demostrarlo.

Di un rodeo de modo de no encontrar a la familia real sino en el otro extremo del jardín. Quería que la reina creyese que nuestro encuentro era pura obra de la casualidad, y, además, deseando y temiendo al mismo tiempo este encuentro, quería disponer de algunos instantes para prepararme.

Tomé por la alameda que infaliblemente debía conducirme a la reina. Tenía puesta la mirada en mi libro, pero me sería difícil saber su título. Veía sus letras, pero éstas no decían nada a mi pensamiento. El pensamiento mío estaba lejos del libro.

Mi corazón latía con inusitada violencia.

Súbitamente, a la vuelta de una alameda, me encontré a veinticinco o treinta pasos de la reina.

La princesita Amelia, que corría delante de su madre, se encontraba a diez pasos de mí.

Afecté no ver nada, como absorta en mi lectura; no era aún el momento de levantar los ojos y aparentar una respetuosa sorpresa. Es sabido que soy muy hábil en expresar todos los sentimientos y en reproducir los más delicados matices del alma. Un incidente me hizo levantar los ojos antes de lo que yo me proponía.

La princesita Amelia vino corriendo hacia mí, y, arrancando una flor de un manojito que llevaba, me la ofreció.

Esto era de buen augurio.

Levanté la cabeza; simulé que solamente entonces veía a la real niña, lo mismo que a sus hermanas y a la reina; y, haciendo una profunda reve-

rencia, me preparaba a aceptar la flor que se me ofrecía.

Pero, en aquel momento, con voz vibrante, y como sorprendida por mi presencia, la reina exclamó dos veces: ¡Amelia! ¡Amelia! La niña, reconociendo en la voz de su madre ese acento imperativo que tan bien sabía imprimirle, se volvió temblando, corrió hacia la reina con su ramillete intacto, y, antes que yo volviese de mi sorpresa, María Carolina cogió de la mano a su hija, la empujó con dirección a una avenida transversal, y tomó por ella con sus otras dos hijas, demostrando así querer dejarme el camino libre.

Recibí el golpe en pleno corazón.

Saltáronseme las lágrimas, y, con acelerado paso emprendí la dirección de mi departamento; di orden de enganchar, y regresé a Nápoles, dejando escrito a sir Guillermo, lo que sigue:

«No te preocupes por mi salud, que nada tiene que ver con mi partida. He creído deber mío salir de Caserta. Cuando te cuente lo que ha sucedido, espero que aprobarás mi decisión.

»EMMA.»

Dos horas más tarde me encontraba de regreso en la embajada, y después de haber hecho cambiar los caballos, envié el coche a sir Guillermo.

XXXVIII

A las siete llegó sir Guillermo.

Al volver de la cacería, se enteró de mi partida, y por más que el rey le invitó personalmente a comer, salió de Caserta, mandando decir a Su Majestad que una circunstancia imprevista le obligaba a regresar a Nápoles.

Sir Guillermo sospechaba lo que había ocurrido; no tuve necesidad de con-

tarle más que los pormenores. Debo hacerle justicia, manifestando que la afrenta le ofendió aún más profundamente que a mí. Me propuso salir de Nápoles la misma noche, sin despedirse siquiera; pero eso era retroceder, eso era abandonar el campo de batalla, equivalía a confesar la derrota.

Y no era eso precisamente lo que yo quería.

Quería yo ser presentada; recibida en la corte, a lo que me daba derecho mi condición de embajadora de Inglaterra; alcanzar los éxitos que siempre y en todas partes me habían acompañado; quería, en fin, triunfar, vengarme de aquella reina insolente, obligando a declarar a sus propios cortesanos que yo era más hermosa que ella, y más espiritual y más inteligente.

Insistí, pues, para que sir Guillermo pidiese al rey una explicación sobre el proceder desdenoso de la reina.

Cuando ahora pienso en el ciego orgullo que en mí había hecho nacer mi suerte inesperada, me asombro de tanta audacia.

Sir Guillermo no vaciló un solo instante en ceder a mi voluntad. Tenía por mí una adoración tan insensata que parecía más asombrado que yo misma de la conducta observada por Su Majestad.

Se fué a Caserta, buscó al rey, abordó francamente la cuestión, y no le ocultó que su permanencia en Nápoles dependería en lo sucesivo del proceder que se observara conmigo.

El rey quería mucho a sir Guillermo, no por ser éste quien era, sino por propia conveniencia. Este príncipe, de suyo egoísta, era incorregible en su modo de ser. Lord Hamilton era buen andarín, buen cazador, buen escudero, chistoso y alegre compañero. Hacía muchos años que el rey estaba acostumbrado a su presencia, que hubiera echado de menos seguramente.

Además, el horizonte político empezaba a obscurecerse por la parte de Occidente. El rey de Nápoles, por poco versado que estuviese en los asuntos internacionales, comprendía que sir Guillermo, hermano de leche del rey

de Inglaterra, compañero de infancia de Jorge III, podía, en el probable caso de una ruptura con Francia, ser para él un poderoso apoyo cerca del Gabinete de San Jaime. Acogió, por consiguiente, muy benévolutamente la declaración, y con el acento bondadoso que en él, era unas veces natural y otra fingido, pero en este último caso, con tanta habilidad que era imposible descubrir la simulación, le dijo:

—Mi querido lord, ¿sabe usted que por aquí se susurra?

—No, pero espero que Su Majestad querrá dispensarme el favor de decirme lo.

—Pues se dice que usted no está casado.

Sir Guillermo había previsto el golpe. Sacó de su bolsillo el certificado de pastor protestante, y lo presentó al rey.

—Tome, sire, he aquí mi contestación.

El rey leyó el certificado, no sin algún embarazo.

—No le diré nada de nuevo si le digo que hay en Nápoles un gran espíritu de maldad, ¿no es verdad?

Pues bien, aunque hiciese usted llevar este certificado en todas las esquinas y yo ordenase, por medio de un edicto, dar crédito a su contenido, serían aún capaces de la duda, al paso que, si usted hubiese anunciado su boda a la corte de Inglaterra, si usted hubiese presentado a lady Hamilton al rey Jorge III, lo cual le habría sido sumamente fácil, no habría habido medio de rehusar... ¿Cómo no ha pensado usted en ello?

Sir Guillermo miró al rey con penetrante mirada; pero era imposible leer en su fisonomía, bonachona si las hay, y que le hacía parecer el más inocente de los hombres, a él, que era el rey tutado por excelencia.

—Está bien, sire—respondió sir Guillermo.—Su Majestad me dará licencia por un mes, ¿no es así?

—Sí, muy a mi pesar, porque quisiera no separarme un solo día de mi excelente compañero; pero, en vista de su solicitud, y sobre todo por tratarse de una cosa tan grave como la de hacer

reconocer su matrimonio, bien comprenderá usted que no sabría negarle lo que pide.

—Así, pues, no tengo más que escribir a Londres para que mi llegada no cause sorpresa...

—Hasta puedo evitarle esta dilación.

—Su Majestad me proporcionará un servicio.

—Las cartas que recibo de mis cuñados el emperador de Austria y el rey de Francia, pueden ser consideradas bastante importantes para ser comunicadas sin retardo a Mr. Pitt... Digo a Pitt, porque entre ustedes sucede poco más o menos lo que aquí: el rey nada es, y el primer ministro es todo. Si no fuese así, hubiese dicho: al rey Jorge III. Pues bien, voy a confiarle los mismos originales de esas cartas, con otra autógrafa para mi hermano el rey de la Gran Bretaña. Y al mismo tiempo que llene la misión que le confío cerca de él, despache usted sus asuntos en la forma que mejor le parezca.

No podía sir Guillermo desear cosa que más le agradase. Le fueron entregadas las cartas que debía llevar al rey de Inglaterra y a su ministro, y el mismo día partimos para Liorna a bordo de un buque de la marina real que pusieron a nuestra disposición.

Sir Guillermo debía entregar, a su paso por Florencia, una carta al gran duque Leopoldo; luego debíamos continuar el viaje en posta; el jabeque real esperaba nuestra vuelta a Liorna.

Habríase dicho que el tiempo estaba de acuerdo con nuestra impaciencia, el viento nos fué favorable constantemente, y la travesía fué hecha en tres días.

Sir Guillermo cumplió su cometido cerca del gran duque Leopoldo, a quien encontró muy alarmado por el sesgo que tomaban los asuntos de Francia. Todo anunciaba una próxima revolución, y los primeros acontecimientos del año 1789, en el que nos encontramos, indicaban que esa revolución sería grave y tendría resonancia en el resto del mundo.

No pudo, por consiguiente, dejar de aprobar el viaje de sir Guillermo a Londres y el fin aparente de este viaje.

Tampoco estaba muy tranquilo con respecto a su hermano José II, emperador de Alemania, cuya salud iba decayendo.

—Veremos—decía,—cómo saldrá de todo eso nuestro cuñado Fernando IV, el cual se lisonjea de tener la dicha de no sustentar a ningún filósofo en sus Estados.

En todo caso, era opinión que el emperador de Austria, el rey de Nápoles, el Padre Santo y todos los príncipes de Italia, debían formar una liga ofensiva y defensiva, y establecer una especie de cordón sanitario para impedir el paso de los Alpes a las ideas revolucionarias.

Salimos de Florencia, y, a través del San Gotardo y de Suiza, llegamos a los Países Bajos, donde nos embarcamos con rumbo a Inglaterra.

Llegamos a Londres a los diez meses justos que lo habíamos dejado sir Guillermo y yo, y fuimos a parar en el hotel de Fleet street.

El mismo día, sir Guillermo fué recibido por el rey.

Yo le esperaba con alguna ansiedad. Encontrándome nuevamente en Londres, había vuelto, por decirlo así, a la vida pasada, y recordé la miseria y la vergüenza de mis primeros años. Un escrúpulo podía apoderarse del rey, y si mi presentación era denegada a sir Guillermo, por más lady Hamilton que yo fuese, volvía a caer más bajo que antes.

Sir Guillermo regresó henchido de gozo: mi presentación pública debía tener lugar el lunes siguiente. El rey no había opuesto ninguna dificultad y se había mostrado con su amigo Hamilton más afectuoso y comunicativo que nunca.

El mismo día, sir Guillermo me manifestó deseo de llevar a Nápoles un retrato mío hecho por Rowmney, que continuaba siendo el pintor en boga. Era imposible que sir Guillermo no conociese mis antiguas relaciones con Rowmney; pero se me demostraba tan pocas veces como marido, que comprendí perfectamente que no se manifestase celoso del gran artista.

Convinimos que al día siguiente por la mañana iríamos a sorprenderle en

su taller de Cavendish square. Estaba yo harto penetrada de la delicadeza de Rowmney para considerar necesario advertirle por medio de una carta que sólo viese en mí a lady Hamilton. Es más; segura del predominio que ejercía sobre sir Guillermo, me regocijaba ante la perspectiva de la sorpresa que mi presencia inesperada causaría a Rowmney.

Como sir Guillermo deseaba tener mi retrato en carácter de odalisca, me puse un magnífico traje turco, y en un coche cerrado nos encaminamos a Cavendish square, poco distante del hotel de sir Guillermo.

La casa me era conocida, y es preciso declarar que conservaba para ella algunos de mis buenos recuerdos. Sin haber jamás estado enamorada de Rowmney en el sentido que se da a esta palabra, le había profesado un afecto tierno, y su memoria no se presenta nunca a mi espíritu sin dedicarle una sonrisa.

El ayuda de cámara, que era el mismo de antes, me reconoció; le miré, indicándole con un signo significativo a mi marido que me seguía. Demostró haberme comprendido, preguntándome si debía anunciar a sir Guillermo y a lady Hamilton. Le respondí que no, que veníamos a hacer a su amo una visita de confianza, y que nosotros, personalmente, nos anunciaríamos.

El sirviente se apartó y me dejó pasar.

Entramos en el taller de Rowmney. Las cinco partes del mundo habían sido puestas a contribución para adornar aquel espléndido templo del arte. Reunidos en trofeos, veíanse las más hermosas armas de los pueblos salvajes y de los pueblos civilizados; las flechas de los indios y los damascos de Asia; las pieles de tigre de Bengala, las de león del Atlas, de oso de la Siberia, de pantera de Persia, aparecían encima de los muebles, se extendían por el suelo, tapizaban las paredes, en combinación con los maravillosos esbozos del maestro que íbamos a visitar. En una palabra, en esta amplia sala no había un sitio que no ofreciese a la mirada algún objeto precioso co-

mo valor material, o como valor artístico.

Al ruido de la puerta, no hizo ningún movimiento para volverse a mirar quien entraba. Sin duda creyó que era su criado que venía a poner en orden alguna cosa.

Le toqué el hombro; se volvió y, reconociéndome, lanzó un grito. En seguida, viendo a mi marido, se levantó, y se inclinó ante mí.

—¡Aún más hermosa que antes!— me dijo;—sólo viéndolo puedo creerlo.

Y, dirigiéndose a sir Guillermo, añadió:

—Acepte usted, milord, la más cumplida expresión de mi respeto; y sírvase decirme si puedo tener la dicha de serle útil en algo.

Después, con su refinada cortesía, Rowmney, como si me viese por vez primera, nos hizo los honores de su taller.

Sir Guillermo le manifestó lo que deseaba: un retrato mío con el traje que llevaba puesto. Rowmney, lleno de satisfacción, cogió al instante un gran lienzo y trazó un bosquejo.

Se acordó que las sesiones serían diarias y Rowmney prometió que a los ocho días el retrato quedaría terminado.

Al otro día, sir Guillermo me acompañó de nuevo a Cavendish square; pero, como tenía que hacer varias diligencias, me dejó en el taller, y salió, quedando en venir a buscarme al cabo de dos horas.

Durante esas dos horas, Rowmney tuvo el feliz acierto de no proferir una palabra, de no hacer una alusión a nuestra intimidad de otro tiempo. Me habló de Roma y de Nápoles, y prometió hacernos una visita en esta última ciudad.

Confieso que me sentía casi mortificada de semejante delicadeza, que me explicaba, pero que me oprimía el corazón.

La mujer, aun cuando olvide, no quiere ser olvidada.

Sir Guillermo volvió más tarde de lo que había anunciado, lo cual permitió adelantar algo más en el trabajo del retrato. Había visto a Mr. Pitt y, des-

pués de haberle presentado las cartas de la reina María Antonieta y del emperador José II, conversó largamente con él acerca de los asuntos del continente.

Las cosas iban de mal en peor en Francia. El frío y el hambre parecían haberse concertado para convertir a los franceses en verdaderos demonios.

Se hablaba de la reunión de los estados generales para el 4 de abril. Mister Pitt señalaba para entonces el comienzo de la revolución.

Sir Guillermo había recibido plenos poderes para tratar en Nápoles los asuntos de Inglaterra como mejor entendiese, salvaguardando, por supuesto, el honor y los intereses de la Gran Bretaña.

Delante de Rowmney, no dijo nada de todo eso, que se reservó para contármelo a mí sola mientras regresábamos al hotel.

XXXIX

El lunes siguiente, 20 de marzo de 1789, día de mi presentación, no hubo sesión en casa de Rowmney. Todo el día se consagró a los preparativos de la gran ceremonia, y singularmente a los cuidados de mi tocado.

Después de mi presentación, debía haber un gran baile en la Corte.

El Rey, apenas me vió, vino a mi encuentro con una galantería encantadora, me ofreció la mano y me condujo a mi sitio, no dejando de hablarme sino para conversar con sir Guillermo.

No bien Su Majestad se hubo separado de mí, se me acercó el príncipe de Gales. Entonces, bien a pesar mío, mi espíritu fué dominado por un solo pensamiento: me veía en la azotea de miss Arabella, la noche que ésta recibió al príncipe de Gales; veílos aún en la

ventana, radiantes de juventud y de deseos.

No sé lo que el Príncipe me dijo, ni lo que yo le respondí; todas las fibras del recuerdo arrastraron a mi alma fuera del presente para hacerla retroceder a lo pasado.

Debí de parecer muy torpe al Príncipe.

Aquella noche fué para mí una noche de orgullo y al mismo tiempo de sufrimientos: de orgullo, porque había llegado a la meta, porque había sido recibida oficialmente en la Corte de Inglaterra, como esposa de sir Guillermo Hamilton; ninguna otra Corte podría negarse a recibirme, y, en mi calidad de embajadora de una gran potencia, venía a ocupar una posición social inmediata a la de los príncipes de la sangre; de sufrimientos, porque toda sonrisa, toda mirada de reojo, toda palabra murmurada al oído, me parecía un insulto que se cernía amenazador sobre mi cabeza.

Sir Guillermo mostraba una tranquilidad y una satisfacción asombrosas; si, para hacerme su esposa, me hubiese sacado del claustro más austero, no habría parecido más orgulloso de mí.

La noche me pareció larga, y, aunque nos retiramos a la una, me sentía muy cansada.

Al día siguiente, procuré no faltar a la sesión de Rowmney; tenía necesidad de ver la cara de un amigo; porque comprendía que la víspera sólo había visto máscaras.

Había salido por un asunto urgente, pero me suplicaron, en su nombre, que lo esperase.

Sir Guillermo, a quien aquella mañana quedaban todavía algunas diligencias por despachar, me dejó en casa de Rowmney.

Esperé a éste con mucha impaciencia: era yo la que debía informarle de los sucesos del día anterior, y me parecía que él, a su vez, me traería noticias.

Así que, cuando oí sus pasos y vi que aparecía en el umbral de la puerta, me precipité hacia él con expresión interrogativa.

—¿Y qué?—le pregunté.